



UN TESORO entre cañones

La Academia de Artillería cuenta con una colección de minerales y fósiles considerada como la más antigua del mundo

EN pleno centro de Segovia, junto al Acueducto, el complejo formado por los conventos de San Francisco, San Antón y San Benito alberga el centro de formación militar más antiguo del mundo en activo: la Academia de Artillería. Entre sus muros, los futuros oficiales y suboficiales del arma se forman rodeados de auténticas joyas artísticas, culturales y científicas. Allí se conserva una de las mejores bibliotecas de la Ilustración que hay en nuestro país; también una importante representación de cañones, armas portátiles y aparatos de topografía. Pero la Academia cuenta con otro tesoro: una colección de minerales de unas 4.000 piezas —incluye rocas y fósiles— considerada como la más antigua del mundo documentada —al menos de 1711— y la segunda más grande de España.

La colección forma parte de los materiales docentes empleados por los alumnos hasta los años 30 del pasado siglo para el aprendizaje de la química, mineralogía, mineralurgia y metalurgia. «En los siglos XVIII y XIX, los artilleros eran los responsables de la elaboración de pólvoras y de las minas de donde se extraían sus componentes. También trabajaban y dirigían las fábricas de armamento. Y para la fabricación de los cañones y las pólvoras era muy importante saber de geología. Por eso los profesores insistían mucho en que era necesario tener una buena colección de minerales», explica el brigada Jesús Ángel Muñoz Zapata, responsable de la colección.

Esta extensa muestra se encuentra en la sala de Ciencia y Tecnología, a la que se accede desde el claustro del convento de San Francisco, y está compuesta de cinco subcolecciones: la principal —el 68 por 100 de las piezas—, la secundaria, la de la Comisión del Mapa Geológico de España, aleaciones y fundidos y otras piezas cuya procedencia se desconoce.

Hace más de 50 años que ya no se utiliza para la enseñanza. «La colección quedó mucho tiempo semiabandonada en el laboratorio de química de la Academia. Quien le dio valor, quien la catalogó, fue el doctor en Ciencias Geológicas Andrés Díez», puntualiza el brigada Zapata. «Díez hizo el Servicio Militar en la Academia y allí descubrió la maravilla de colección que teníamos y las curiosidades que contenía».

Son esas curiosidades las que dan un valor añadido a la colección, entre ellas, las piezas del Tesoro del Delfín. Fue atesorado por el rey francés Luis XIV para regalárselo a su hijo, el Delfín de Francia, quien murió antes de reinar y, por tanto, pasó a manos de su nieto, Felipe V. Este monarca, al subir al trono de España, trajo el tesoro a nuestro país donde permaneció casi todo el siglo XVIII, hasta que las tropas napoleónicas se lo llevaron de nuevo a Francia. Tras el tratado de paz que puso fin a la Guerra de la Independencia, el tesoro retornó a España y los encargados de traerlo fueron los artilleros. Las piezas más espectaculares, con piedras preciosas, se encuentran en el Museo del Prado. Pero había otras parcialmente rotas que se trajeron al entonces Colegio de Artillería para utilizarlas como piezas de enseñanza. Entre estas últimas se encuentra un jade tallado con motivos chinos, un candelabro de alabastro, copas de jaspe y medallones de lapislázuli iguales a los que adornan las mesas de las salas principales del Museo del Prado.

«Otras piezas que llaman mucho la atención a los que visitan la colección de minerales de la Academia son la defensa de un pez sierra y una Gorgonia de gran tamaño», añade el brigada Zapata. También destacan unas piezas de azufre extraídas en Conil (Cádiz) en 1772, de la finca del duque de Medinasidonia. El yacimiento fue localizado por naturalistas británicos que pidieron permiso a Carlos III para llevarse los cristales de azufre a Inglaterra. Se les concedió con la condición de que viajara con ellos un equipo español y extrajeran dos piezas iguales, una para el British Museum y otra para los Reales Gabinetes, actualmente, el Museo de Ciencias Naturales. Los artilleros fueron los encargados de trasladar la pieza española hasta Madrid pero al pasar por Despeñaperros se les cayó y se rompió. Así que regresaron a Conil, cogieron otra pieza lo suficientemente grande y algunos de los trozos de la que se había hecho añicos los llevaron a su Colegio.

COLECCIONES

La colección está compuesta en un 60 por 100 por minerales, pero también hay rocas, fósiles, aleaciones, fundidos y escorias. Las primeras piezas llegaron al entonces Real Colegio de Artillería cuando se fundó en 1764 provenientes de los centros de Barcelona y Cádiz disueltos al crearse el de Segovia. A ellas se sumaron las aportaciones del francés Louis Proust, autor de la Ley de las Proporciones Definidas y considerado uno de los padres de la química moderna quien,



Arriba, candelabro de alabastro perteneciente al Tesoro del Delfín; debajo, la defensa de un pez espada.



tras ser contratado como profesor en 1786, solicitó una completa colección de minerales. Como aún no se había terminado de construir lo que sería la Casa de la Química, Proust fue comisionado para recorrer España y conocer las mejores minas —aún se conservan 12 minerales de los que trajo de ese viaje, fundamentalmente de Almadén y Linares—. Hasta 1792 no llegó la colección, formada por 134 piezas que tenía duplicadas el Real Gabinete de Historia Natural.

Pero el grueso de la colección principal la compró el general García Loygorri en 1817. Era el ramo mineralógico del gabinete de Casimiro Gómez Ortega quien lo había heredado de su tío José Ortega, boticario de los Reales Ejércitos. Éste, a su vez, lo había heredado del difunto marido de su mujer, Luis Llorente, que, en 1711 había comprado una botica que incluía esa colección. Esta fecha es la que establece la antigüedad de la muestra conservada en la Academia aunque, lógicamente, es anterior. Las piezas fueron pagadas con el bronce extraído de fundir cañones viejos.

El resto de las subcolecciones fueron llegando al centro a lo largo de los siglos XIX y XX procedentes del Museo del Ejército, del Real Gabinete y de la Comisión del Mapa Geológico de España. Esta Comisión reunió una serie de colecciones que regaló a las instituciones educativas de rango superior, entre ellas, la Academia de Artillería. Casi todas se han perdido a excepción de las 17 piezas que conserva la Universidad de Zaragoza y las 400 que donaron al centro militar.

La colección de minerales de la Academia «no se caracteriza precisamente por la espectacularidad estética de sus piezas —afirma Andrés Díaz— ya que estaban seleccionadas para ser empleadas con fines didácticos». Tampoco por el valor de las mismas que, salvo excepciones, son especies minerales y piezas comunes fáciles de adquirir.

El verdadero valor radica en las etiquetas, inscripciones, grabados y bandejas que tienen casi todas las piezas. «A través del etiquetado se puede reconstruir la evolución de las clasificaciones mineralógicas y petrológicas en España a lo largo de los últimos dos siglos, lo que le confiere, además, importancia histórico-científica», señala Díaz. Por eso, la colección «es única en su género en España y probablemente en el mundo». De ella disfrutaban las más de 4.000 personas que la visitan cada año.

Elena Tarilonte
Fotos: Hélène Gicquel